



SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO*

“Preparen el camino del Señor, enderecen sus sendas”

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Baruc 5,1-9; Filipenses 1,4-6.8-11; Lucas 3,1-6

El evangelio de este domingo nos sitúa de lleno en el espíritu del Adviento. Juan Bautista, el llamado también “precursor”, nos sigue gritando: “preparen el camino del Señor”. En la orilla del Jordán apareció, “proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados”. Según parece, fue bien escuchado y acogido: “Todo el pueblo se estaba bautizando” (3,21). En cada adviento vuelve a resonar su voz con la misma proclama tomada del profeta Isaías.

Después de los dos primeros capítulos dedicados al anuncio y nacimiento de Juan Bautista y de Jesús, Lucas nos presenta en su evangelio al Jesús adulto y, en estas líneas hoy leídas, a Juan que bautiza y que, tomado preso, deja el camino abierto a la actividad evangelizadora de Jesús. Le interesa a Lucas hacer notar que en su relato no está hablando de alguien idealizado, sino de una persona que desarrollará su vida y su mensaje en un contexto histórico real y conflictivo. Eso significa la mención de Tiberio César, que desde Roma impone su dominio sobre Judea a través de su representante Poncio Pilato, de los reyes que dominan las diversas regiones y de los sumos sacerdotes Anás y Caifás, que controlan la vida religiosa, tan importante en el pueblo al que pertenece Jesús. Con todos ellos se las tendrá que ver a lo largo de su actividad de predicador itinerante y sobre todo en los momentos finales de su condenación y muerte. Subrayar ese contexto nos ayuda a no idealizar la fiesta del nacimiento de Jesús, aislándolo de lo que fue su vida. Hay que recordar que si celebramos hoy su nacimiento es precisamente por lo que para nosotros significa su vida de adulto, sus opciones, su fidelidad al proyecto salvador de Dios, su dedicación a hacer el bien a los más débiles. Sólo se celebra bien Navidad cuando hacemos del proyecto y estilo de vida de Jesús nuestro propio proyecto.

* Ciclo C

Juan Bautista es personaje muy presente en estos domingos de Adviento. Fue en su tiempo, y sigue siéndolo hoy, el encargado de introducir y presentar a Jesús. En su proclama se hace eco de unas palabras de la segunda parte del libro de Isaías (Is. 40,3-5). Anuncia el consuelo de Dios a su pueblo: los hará volver del destierro en Babilonia a su tierra, él mismo caminará con ellos y ellos estarán llamados para que “abran camino a Yahvé, tracen en la estepa una calzada recta para nuestro Dios”. Dios viene como salvador de su pueblo, pero sin quitarnos protagonismo; cuenta, más bien, con nuestra responsabilidad y participación en la historia de la salvación a través de nuestras acciones y compromisos históricos para que “lo tortuoso se haga recto”, lo corrupto se haga honradez, la injusticia fraternidad. Isaías –y lo recoge Lucas poniéndolo en boca del Bautista- con el lenguaje poético de metáforas propias de quien hace camino eliminando obstáculos, expresaba la necesaria “conversión” de actitudes que supone acoger al Señor. Él sigue viniendo para derribar desigualdades, violencia e indiferencia, entre aquellos a quienes Dios quiere hermanas y hermanos. Adviento es tiempo de conversión de actitudes y mentalidades, personales y sociales, que actúan como “barrancos, montes y colinas”: separan, aíslan, marginan. La conversión reclama revisión y disposición concreta para que realicemos cambios significativos en aquello que en nosotros hace difícil la convivencia justa y fraterna.

Lucas, a diferencia de Marcos y de Mateo, retiene y explicita un versículo más de Isaías para subrayar un alcance universal de la salvación, que se realizará en Jesús: “Y todos verán la salvación de Dios”. Un poco más adelante, en la elaboración de la genealogía de Jesús, remonta hasta Adán –no sólo hasta Abraham, como hace Mateo- el entronque de Jesús con la humanidad. Siendo un judío, su acción salvadora no queda limitada estrechamente a su pueblo, sino que abarca a la humanidad en entera. “Preparen los caminos del Señor” tiene así una doble perspectiva. Disponernos para acoger al Señor Jesús que viene hacia nosotros, y cada uno sabe bien lo que tiene que remover de egoísmos e incoherencias, pero también revisar y cambiar lo que en nuestras actitudes personales y eclesiales hace difícil que la salvación de Dios pueda ser reconocida y acogida por los hombres y mujeres de nuestro mundo, tantas veces escandalizados y desalentados por nuestros comportamientos y silencios.

La primera lectura está tomado del libro de Baruc. Se trata de un escrito del siglo II a.C, cuyo autor ficticiamente se vincula con Baruc, secretario de Jeremías (Jer. 45,1). Se estima que está escrito desde una comunidad que vive en la diáspora, pero atenta a los tiempos difíciles que se viven en Jerusalén. El texto es una exhortación a la esperanza porque Dios sigue fiel y camina con su pueblo: “Jerusalén, quítate el vestido de luto y aflicción y vístete ya siempre con las galas del Señor... porque Dios conducirá a Israel con alegría a la luz de su gloria, con su misericordia y su justicia”. La presencia liberadora de Dios en medio de las desgracias y dificultades es en la historia bíblica una constante con la que el pueblo debe contar y una clave para interpretar y vivir desde la fe las situaciones y acontecimientos. Esa presencia tiene una orientación: transformar el pueblo y la humanidad en una realidad nueva: “te dará para siempre este nombre: ‘Paz en la justicia y gloria en la piedad’”. El mensaje de Baruc, leído en este tiempo de preparación para la venida del Señor, es pertinente para la humanidad y para nuestro

país. La fiesta de Navidad no debería ser sólo un paréntesis para olvidar por unos días los problemas de precariedades y de conflictos, sino una ocasión para afrontarlos en profundidad y plantearnos cómo llegar a concretar y caminar hacia ese nombre de “Paz en la justicia”. Paz y justicia mutuamente se reclaman y necesitan. Hay momentos –quizá el nuestro actual- en que la urgencia parece recaer en la justicia hacia los más olvidados y oprimidos. El desafío radica en que sin un esfuerzo de concordia y renuncia a intereses inmediatos de grupo difícilmente se pueden unir las fuerzas necesarias para lograr la justicia. Por eso Baruc habla de “rebajar todo monte elevado y rellenar los barrancos, hasta nivelar la tierra”. La metáfora es fácil de entender, la realidad difícil de cumplir. Es verdad que según Baruc esa realidad nueva es acción de Dios, pero acogerla y concretarla es tarea nuestra.

La segunda lectura está tomada de la carta de Pablo a los Filipenses, una comunidad muy querida por el apóstol, y siempre recordada en sus oraciones: “rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por todos ustedes... para que su amor crezca cada vez más... y puedan llegar limpios y sin tropiezos al Día del Señor”. Adviento es tiempo de oración. En la liturgia se repite la antigua plegaria: “Marana tha”, “Ven, Señor Jesús” y cantamos “Ven, ven, Señor, no tardes, ven que te esperamos” En la oración personal y comunitaria podemos explicitar además para qué queremos que el Señor venga a nosotros esta Navidad porque, al pedirlo, también nos comprometemos a acogerlo y realizarlo.